

MUCHO MÁS QUE DOS. NUEVAS CONFIGURACIONES EN LA “ESCENA ELECTRÓNICA”

[LENARDUZZI, Víctor. (2012). *Placeres en movimiento. Cuerpo, música y baile en la “escena electrónica”*. Buenos Aires: Aidos editores]

Mauro Orellana

ECI-CIFFyH, Universidad Nacional de Córdoba

maesemau@yahoo.com.ar

En el memorial televisivo existe una anécdota, simpática para unos, incómoda para otros, que tuvo como protagonista a una de las figuras emblemáticas del rock vernáculo, Pappo Napolitano, allá por el 2000 en el programa *Sábado Bus*. Cuando cada uno de los invitamos, copa en mano, expresaba su deseo, Pappo disparó: “brindo para que la música en vivo, tocada por seres humanos, triunfe”. El blanco de ataque estaba dirigido a otros de los presentes en el programa, el Dj Deró, quien había logrado un protagonismo internacional al participar en escenarios europeos, mérito nada menor por aquellos años. Aunque es posible sospechar que esas palabras se extendían de manera generalizada también a quienes participaban de la “escena electrónica” en Buenos Aires y el punto en cuestión -entre otros tantos- estaba centrado en que resultaba inadmisibles para este rockero que se definiera como “hacer música”, “tocar”, aquellos juegos que proponían los dj.

Para algunos, más bien pocos, la música electrónica se instala como un fenómeno a interpretar y, en el marco de las ciencias sociales, plantean dos preguntas centrales: ¿qué leer de todo ellos? Y, sobre todo, ¿cómo leer, con qué herramientas teóricas? En *Placeres en movimiento. Cuerpo, música y baile en la “escena electrónica”*, Víctor Lenarduzzi asume la responsabilidad de

indagar esas nuevas formas de estar y compartir con otros a partir de esas sonoridades que quiebra -a pesar de algunos- los modos tradicionales de concebir lo musical. El libro es el resultado de una investigación de tesis en el marco del Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA).

En nuestro país el rock y sus variantes más actuales, el rock chabón, concentraron por años la atención de investigadores, sobre todo para leer en sus letras prácticas de resistencia, nuevos modos de subjetivación. En Córdoba, el cuarteto también convocó al estudio de las canciones y, en el caso de Gustavo Blázquez desde la antropología, los modos de construcción genérica en los mismos bailes. Sin embargo, la música electrónica concitó escasa atención si se compara con los otros géneros musicales. En ese sentido, Lenarduzzi a lo largo del texto discute con aquellas posiciones que desdeñaron a la electrónica, en primer lugar, porque “es un consumo cultural que para la seriedad de la academia tiene demasiado de ‘superficialidad’. ¿Será por eso que no ha sido considerada como objeto ‘digno’ de investigación?” (2012: 17). Más adelante vuelve sobre ello, con otros argumentos al sostener que

No tienen letras de connotación progresista, es más, prácticamente no tiene letras (un factor privilegiado para los analistas). Además,...está muy vinculada a las prácticas culturales de las “capas medias” y sus signos de “distinción”. Tal vez por una cuestión de clases no ha calificado como objetos de investigación entre intelectuales –de clase media- que, en parte, legitiman sus posiciones estudiando a los más pobres (2012: 162).

El libro ofrece una serie de interpretaciones, ese es su propósito fundamental, sobre la escena electrónica, que es definida como: “un espacio resultante de la convergencia de diferente ‘formaciones socio-culturales’ que han dado lugar a la constitución de una cultura vinculada a la música electrónica de baile, caracterizada por una variedad de estéticas” (2012: 21). Esta música propicia una experiencia sensorial que interpela al conjunto del cuerpo. En consecuencia, el trabajo se detiene sobre lo experimentado por esos cuerpos cuando son incitados/excitados por la música y potenciados por



las drogas de diseño. Lenarduzzi aclara que en su investigación predominó una indagación más teórica e histórica aunque no está exenta su exploración por las fiestas *rave* en Buenos Aires. En este punto, se aparta de la estrategia metodológica de la observación participante en sentido clásico cuya finalidad es conocer a partir de cierta distancia y con pretensión de objetividad. En el texto, bajo la indicación del autor, hay un cambio de registro para explicitar su opción metodológica: la experimentación. Y aclara:

“No porque haya montado una situación de laboratorio. Me refiero más bien a que *una de las principales apuestas para referirme al baile ha sido bailar*. No porque antes no bailara, tampoco por un capricho. Se trata de que ‘estar a distancia’ como observador me excluía de la posibilidad de transitar la experiencia para caracterizarla” (2012: 206. La cursiva es del original).

Si bien en la observación participante también existe una experimentación por quien está registrando lo que allí acontece, es cierto que en este caso es el propio cuerpo de quien investiga donde se manifiestan las intensidades del propio encuentro festivo.

El libro se compone de cinco extensos capítulos. En el primero de ellos de una densidad teórica significativa realiza un recorrido por las representaciones que existieron del cuerpo, la música y el baile en la modernidad, en especial en el campo de la filosofía y el arte, donde coexistieron las clásicas dicotomías alma/cuerpo, racionalidad/sensibilidad. Y la música quedó apresada como un acto contemplativo donde no tenía participación el baile y si eso ocurría -dirá Lenarduzzi- era desplazado como manifestación del arte popular o masivo. La presencia en las páginas de la crítica feminista contemporánea, Butler es medular en todo el planteo, permite comprender cómo el cuerpo quedó situado y sitiado a lo otro, inferior, feminizado y degradado. La manifestación de la danza, la cual no pueden pensarse sin la presencia de los cuerpos, desintegra las fronteras modernas: lo interno y externo, lo material y espiritual y el cuerpo y el alma.

En el capítulo II se propone un recorrido por las principales matrices de la música electrónica del siglo XX mientras que en el capítulo siguiente, a partir de distintas fuentes, se detiene en el surgimiento de las *rave* en dos escenarios importantes: Gran Bretaña y Buenos Aires. Nombres propios, lugares, fechas y



filiaciones van entramando el nuevo fenómeno que nace en Inglaterra a finales de los ochenta, en cambio, en Argentina tendrá su arribo a finales de la década del noventa. En ambos casos el autor marco fases, transiciones, distintos circuitos, instancias de consagración y polémicas, que dan cuenta de un campo complejo.

En el capítulo IV analiza la recepción musical en las fiestas, cómo se experimentan esos encuentros por quienes participan, caracterizados por extensas horas de intensa música, donde si bien la conversación no está ausente del todo no vertebra los vínculos y prevalecen por sobre todo experiencias sensitivas-afectivas. Lenarduzzi se explaya en este aspecto central, cómo en las fiestas hay un desplazamiento del imperativo heterosexual de la conquista, no porque eso no suceda, sino más bien porque no es el objetivo central que guía las prácticas de quienes están allí presentes. Por ello también las nuevas configuraciones de los que bailan, grupos de amigos y amigas, gente conocida, e incluso solos, pero raramente en parejas. A lo largo del capítulo el autor articula reflexiones como resultado de las lecturas teóricas con los testimonios de los jóvenes asistentes a estas fiestas.

Existe una representación extendida sobre estos encuentros de la “escena electrónica” asociado con el consumo de ciertas drogas, en particular el éxtasis que, cierto es, se popularizó con las mismas *rave*. En las últimas páginas el autor problematiza precisamente sobre las representaciones puestas a circular a través de los medios de comunicación y posteriormente indaga sobre otras fuentes que sin caer en análisis reduccionistas posibilitan comprender el fenómeno de las drogas de diseño, cuyo valor sobresaliente consiste en una intensificación de las percepciones y la disminución del miedo, de allí, según los relatos presentes en el libro, los sujetos se encuentran en un “viaje” que los hace actuar y sentir de una manera diferente.

El libro abre líneas para continuar posibles lecturas, problematizar otras sobre la experiencia de la música electrónica. Fenómeno que pone en evidencia la caducidad de algunas herramientas conceptuales heredadas de la modernidad. Por ello, se reconoce a los largos de las páginas un interés por armarse de nuevas categorías, nociones, para leer desde la singularidad estas

manifestaciones culturales, como así también la preocupación por redefinir desde qué lugar leer/experimentar teniendo en cuenta su posición de investigador. Por eso tal vez se tendría que haber iniciado esta reseña diciendo que el autor del libro es un “nativo” de las fiestas *rave* además de docente e investigador y para analizar “la escena electrónica” nada mejor que hacerlo danzando aun cuando incomode mucho a los sujetos de la academia.

Fecha de recepción: 15 de mayo de 2013. Fecha de aceptación: 25 de junio de 2013.